

LAS CIUDADES

YO fui de las montañas a las ciudades oscuras y amenazantes. Entonces canté a la vida nueva que florecía misteriosas campanas en un mundo de llamados. Y estuve en la ciudad llena de ruidos distintos, cuando me tendía su mano inexplorada el viaje de otra novedad.

Mi corazón se tiñó de la maldad que lavaron luego las aguas del invierno con las puras alas de la infancia. ¡Oh clamor de las lloviznas!

El agujero terrible que dentro de mi pecho anudaba sus redes victoriosas no era el antiguo jardín de los pájaros. "Veneno, huye de mi nido de ayer, yo gritaba a los follajes ausentes, oh corazón mío dejado entre los árboles ingenuos, sitio de savia, manantial que surtía las despedidas, regrésame a mi mismo, sembrado en la lluvia de mis ojos sorprendidos". La sombra novedosa huyó grandiosamente y vine pues mi alma jamás olvidó su verde.

¡Las construcciones de los hombres no fueron nunca más altas que las torres de los pájaros! No ví otra vez la música del cielo mezclarse con los ríos en profusión de abrazos: ¡oh música par de dedos de caricias!

Mi corazón latió silencioso, como lleno de soledad, de una soledad más amarga que todo: Y fui a las ciudades levantadas sobre un horizonte de crueldad.

Yo pensé —¡oh y cómo pensaba mi soledad silenciosa!— yo pensé entonces en los follajes alegres del invierno, en el desprendimiento de las hojas, caídas en mis manos donde un viento de retornos convidaba a los pájaros anunciadores de los pronósticos. ¡Oh verdaderos días cambiados por la incertidumbre!

Mi rostro era la ingenuidad compartida en silencio por mi corazón, y sonreí a la esperanza, ignorante de los puñales intranquilos que escondía a ras el horizonte funesto a la mirada pero yo no lo supe sino en la hora de mi vuelta. ¡Oh adios a tantas partidas!

¡Lodo de adioses! ¡Lago del ayer irreconciliable con mi primitiva ausencia!

¡Qué sumergida perspectiva la de un sol hermoso y fragante levantándose sobre los prados de una amargura indescriptible!

Fuí amigo de los hombres y a toda cosa amé con mi rayo de amor acostumbrado.

Quise ser alegre y la ilusión nació en mis ojos como una verdad de grandes proyecciones. Fui alegre, mas mi alegría era otra cruz

sobre mis brazos. ¡Qué párpado maligno el de aquella noche de insidias!

¿Qué palpito en mi cuerpo, como un niño dormido, esperaba el retorno?
¡Oh ciudades de suspendidos ayes de concreto, marchita estructura
del odio en vilo y desdén en cruz de muerte para el rostro de la vida!
Cuando quise alcanzar el sueño, que como un fruto de nervios maduró mi desvelo,
sólo palpé el silencio edificado. Muy pronto las torres se transformaron
en cuervos espantosos que anunciaban sus victorias de fuego sobre
las redes tristes de mi cárcel humana.

¡Y luego volver a esa antigua prisión de los pechos altivos!
¡Oh melodía inaudita de las montañas, me alargas trepando las distancias
hacia el amanecer de esas tierras encendidas en su entusiasmo!

114